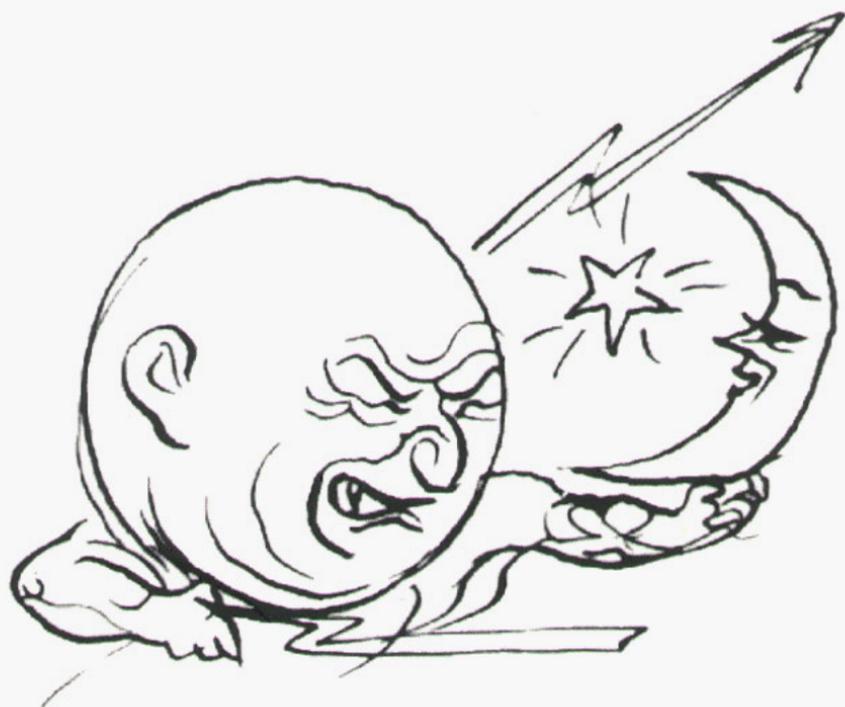


Biografía de Coke escrita por
Jorge Délano F.



Yo soy tú

Tajamar
Editores

Hablan mis películas habladas

El año 1935, vale decir dos años después de fundado *Topaze*, un impulso incontenible por aprovechar mis conocimientos acumulados en Hollywood me instó a producir *Norte y Sur*. Jorge Sanhueza convenció a su amigo don Osvaldo Martínez, presidente de la Caja de Crédito Minero, de que nos financiara la película, cuyo argumento debería estar relacionado con la minería.

Como en mi primera aventura, cuando filmé *Juro no Volver a Amar*, en que tuve que fabricar una cámara cinematográfica, ahora me encontré con el problema de construir nada menos que un equipo sonoro.

Gracias a la pericia de los ingenieros Spencer y Vivado, conté con los complicados aparatos para fotografiar el sonido, que para su época eran excelentes.

Arrendé un enorme local en la Alameda, que había servido en otros tiempos de salón de patinar, y empecé a levantar los *sets* requeridos por el argumento. Contraté a nuestro primer actor, Alejandro Flores, quien tuvo por *partenaire* a Hilda Sour. Cuando intentamos filmar la primera escena, nos dimos cuenta de que el ruido del tránsito hacía imposible su realización. Resolvimos entonces filmar en la noche, de doce a siete de la mañana, horas en que en aquella época cesaba casi por completo el bullicio en la Alameda.

Esto vino a desquiciar el trabajo de *Topaze*. No podía yo pasar toda la noche filmando y continuar al día siguiente trabajando para la revista. A pesar de que mi salario como director, productor, autor, etc., era de mil pesos mensuales, resolví cerrar la revista durante el tiempo que tomara el rodaje de *Norte y Sur*. Era la primera película hablada de largo metraje filmada en América del Sur, y me serviría para echar las bases de esa industria en nuestro país, realizando así mi sueño por tantos años acariciado.

Pero el trabajo nocturno también tuvo sus inconvenientes imprevisibles. Junto al *Studio* había un criadero de aves. Al encender los reflectores usados para la filmación, la luz se filtraba, iluminando el gallinero. Los gallos, creyendo que eran rayos solares del nuevo día, empezaban a cantar con estridente entusiasmo. Por supuesto que sus cantos eran captados por el micrófono. Esto me decidió a comprar el



Alejandro Flores e Hilda Sour llegando a la mina La olvidada, hecha de cartón...

criadero y durante un mes estuvimos alimentándonos noche a noche con cazuela de ave.

Para las escenas en que aparecían mineros, contraté muchos extras que trabajaban afanosamente, a medio cuerpo desnudo, en los

socavones y piques de cartón que les había construido en el ex salón de patinar. Entre ellos me llamó la atención uno que lucía gran cantidad de tatuajes. Como en una ocasión hablara en inglés, le pregunté si había sido marinero. No fue mucha gracia adivinarlo, y muy pronto fuimos amigos. Una noche, durante un *set up*, o cambio de escena, el hombre me entretuvo con un curioso relato que tuvo su origen cuando yo hice alusión al asalto que algunos marineros del *O'Higgins* perpetraron en una joyería de Newcastle, en Inglaterra.

—Hace de eso tantos años —me dijo el ex managuá¹—, que no me avergüenzo de contarle que fui yo uno de los asaltantes. Fraguamos una gracia, pero no fue el robo lo que nos indujo a ello, sino el aliciente deportivo de asaltar un establecimiento que se vanagloriaba de contar con el primer sistema eléctrico de alarma contra ladrones. Varios días estuvimos planeando la manera de silenciar los timbres.

“Por supuesto que habíamos hecho varias visitas al establecimiento y conocíamos su topografía. Decidimos dividirnos en tres grupos. El primero se encargaría del sistema eléctrico; el segundo, de distraer a la policía y dependientes de la joyería, y el tercero, de extraer las joyas de una vitrina, la más protegida por el sistema de alarma. ¡Era excitante el asunto!, ¿no le parece? ¡Tenía, como dicen los gringos, el incentivo del *thrill*!”

“El grupo de los electricistas había descubierto una pequeña abertura que daba acceso al lugar en donde estaba la instalación eléctrica. Uno de los complotados llevó un gato oculto y lo deslizó por el agujero. El animalito, al caminar sobre los alambres, hizo funcionar los timbres. Los joyeros se pusieron en alarma; pero al encontrar al causante del desaguisado, se tranquilizaron, pues vieron que el supuesto ladrón era un inocente micifuz.

¹“Managuá” o marinero; tiene su origen en la locución inglesa *man of war*.

”En ese momento, el segundo grupo organizó una reyerta a cuchillo en la calle, frente a la joyería. Este hecho causó alarma y la policía y dependientes de la joyería se distrajeron en separar a los contrincantes. Sincronizadas con la acción de este grupo, entramos dos en el interior de la joyería y desvalijamos una vitrina, con cuyo valioso contenido llenamos nuestros bolsillos.

”El asalto resultó perfecto en todos los detalles; pero no tardó en saberse que unos marineros habían estado dentro del establecimiento a la hora del robo. Nos atrincaron con un sumario, pero no largamos la pepa. Las joyas ya habían sido ocultadas en un oscuro escondrijo de nuestro barco y nunca más fueron encontradas. Por lo menos, así me lo aseguraron los cómplices. Yo no toqué parte del botín.”

Y éste fue el extraordinario relato de un minero que buscaba vetas de oro en una mina de cartón.

Escándalo (1939)

Me había asociado con Emilio Taulis, experimentado técnico cinematográfico, para producir una película cuyo argumento había escrito en una noche de insomnio. En la primera escena debía aparecer yo mismo, en mi calidad de director, efectuando por teléfono el reparto de los papeles. Cuando ya nadie se acordaba de estos preparativos y el drama llegaba a su clímax el público volvía a la realidad: era una película pirandelliana la que se había estado rodando.

—¿Por qué no escribe un libro con estas historias? —me preguntó una amiga que, durante una sobremesa, había escuchado con interés algunos de los extraños episodios que me ha tocado vivir.

—Son tantos —le respondí—, y algunos tan increíbles, que temo que fueran apreciados como productos de mi fantasía. ¿Habría alguien que no ponga en duda la historia de un ánima que intervino en la filmación de *Escándalo*? ¡Y allí está la hermosa Gloria Lynch, protagonista de aquella película, para que me desmienta!

—¡Cuéntenos lo que ocurrió! —dijeron varias voces.

—*Escándalo* requería varios escenarios; pero, como no tenía dinero para construir sets, arrendé una vieja casa que había sido la *garçonnière* de unos alegres y distinguidos tarambanas del siglo pasado y que en ese momento servía de bodega de manzanas.

Con el objeto de acondicionar acústicamente las habitaciones, era necesario cubrir las murallas con grandes cantidades de género esponjado. ¿Dónde obtenerlo? Taulis encontró la solución. Había heredado de su padre un hotel para tuberculosos

en Melocotón. Desalojó a los enfermos y cubrió las paredes de nuestros auténticos *sets* con las frazadas de las camas que habían ocupado los enfermos. Por supuesto que nadie supo el origen de tales frazadas. Pero cada vez que Gloria Lynch tosía, yo miraba a Taulis con alarma. Menos mal que nadie demostró síntomas de tuberculosis durante la filmación ni después de terminada la película.

Cuando la casa estuvo convertida en estudio cinematográfico y empecé a trabar amistad con el vecindario, una señora me dijo misteriosamente.

—Tendrá que cuidarse del ánimo que pena en esta casa, señor.

—¿Ánima? ¡Si supiera usted, señora, cómo tengo de preocupaciones con los vivos! —le respondí.

—No lo tome a la broma —continuó mi vieja vecina—. Ha de saber que hace muchos años, cuando ésta era la casa de campo de la familia X, uno de los jóvenes patrones raptó a una hermosa niña, la que antes de ser deshonrada prefirió suicidarse. De ella es el ánimo que pena en esta casa.

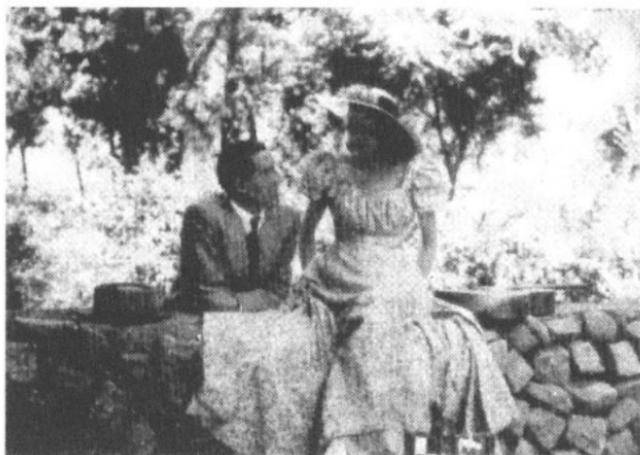
Empezó el rodaje de *Escándalo*, y todo iba saliendo a pedir de boca.

Las antiguas caballerizas se habían convertido en laboratorio. Mi hermano Guayo nos había construido, en su garage de la calle Almirante Barroso, una espléndida máquina reveladora automática, que fue la primera usada en Chile. El gran *hall*, cubierto por una claraboya de vidrios, se convertiría en sala de redacción de un supuesto diario. Las galerías de vidrio, que rodeaban la parte posterior, se convirtieron en las de una clínica. Para lograr este efecto, hice empavonar los vidrios y pintar las murallas con pintura blanca. Recuerdo que cuando se filmó la escena de la clínica, todos estuvieron de acuerdo en que el ambiente estaba perfectamente logrado. Tanto es así que electricistas, técnicos y artistas conversaban a media voz, como si hubiera enfermos graves. Gloria Lynch me dijo:

—¿Cómo has logrado este efecto? Cada vez que vengo a este escenario siento un extraño malestar, como si estuviera realmente enferma.

Taulis se alarmó, pensando que las frazadas del hospital de Melocotón empezaban a transmitir su contagio. Después de tomar las escenas de la clínica, en que se simulaba efectuar una transfusión de sangre a Gloria, le revelé el secreto: días antes de filmar esta escena había derramado algunas gotas de cloroformo en la alfombra, y el olor apenas perceptible del anestésico era el que contribuía a provocar el clima deseado.

Jamás había recordado al ánimo que penaba en la vieja casa, y ella tampoco se había hecho presente. Pero un día, a la hora del almuerzo y estando todo el personal sentado a una larga mesa, a la sombra de los añosos árboles del parque, se sintió el estrépito producido por la quebrazón de cientos de vidrios. Nos pusimos todos de pie y yo fui el primero en correr al interior de la casa. A juzgar por el ruido, lo menos que podía haber ocurrido era que se hubiera derrumbado la claraboya. Recorrimos la casa y todo estaba en su lugar. No se había roto un solo vidrio. Entonces recordé lo



Gloria Lynch y Mario Gaete en la pirca que los espíritus derrumbaron dos veces.

que la vecina había dicho del ánimo en pena. “¡Siempre que no me estropee una escena, que siga penando!”, me dije.

Algunos días después fue menester construir algunos metros de pirca para que Gloria asentara sus lindas posaderas en la piedra y cantara la canción “Caminito”, que le había compuesto el maestro Martínez Serrano. Para el prolongado estudio de los diversos focos una doble había ocu-

pado el sitio en que debía situarse Gloria sobre la pirca. Cuando las luces y el equipo sonoro estuvieron listos para el *play back*, llamé a Gloria, que estaba más linda que nunca bajo un amplio sombrero de paja de Italia. En el momento preciso que tomó su puesto, la pirca de piedra empezó a estremecerse como si hubiera querido sacudirse de su preciosa carga. Gloria saltó aterrorizada, y ante los ojos sorprendidos de todos los que allí estábamos, la pirca se fue desintegrando hasta quedar totalmente demolida. El hecho no dejó de causarnos extrañeza; pero lo atribuimos a la forma deficiente como la pirca había sido construida.

Llamé al albañil y le ordené que la rehiciera, pues al día siguiente debía terminar esa escena. Al otro día, ya con verdadero espanto de los presentes, volvió a repetirse el fenómeno. Trabajo me costó para que Gloria se subiera por tercera vez a la pirca, que debió ser construida de una sola pieza. Después de estos extraños hechos, supe que el cuidador nocturno de la casa también había sentido golpes en la pieza en

Por falta de dinero no pude contratar un fotógrafo que tomara las fotografías usadas para la publicidad de *Escándalo*. Las escenas principales debieron ser dibujadas por mí. En ésta aparecen Carlos Justiniano rodeado de Gloria Lynch, Mario Gaete, Enrique Torres, Mirella Latorre, Balbina de Reed y Patricio Kaulen, intérpretes principales de dicha película.



que dormía y que, apenas abandonábamos el estudio..., él también se iba a pasar la noche a una casa vecina, porque el ánimo de la niña que se suicidó antes de permitir su deshonra no lo dejaba dormir.

Fue para mí una gran satisfacción saber que la Enciclopedia Espasa, en su última edición, se refirió a *Escándalo*.

La Chica del Crillón (1940)

Como se ha visto, las dificultades que tenía que vencer durante el rodaje de mis películas se debían a la falta de medios con que contaba para realizarlas.

Me asocié con Jorge Spencer, excelente ingeniero de sonido. Entre ambos habíamos obtenido un préstamo de cuatrocientos mil pesos; ¡de los del año 1939!, que nos permitirían trabajar sin angustias ni interrupciones. Resolvimos inaugurar nuestro Estudio Santa Elena con *La Chica del Crillón*, como un homenaje a don Joaquín Edwards Bello.

Para la filmación de esta película contábamos con equipos fotográficos y de grabación de primer orden.

Después de breve discusión firmamos un contrato en que al autor del libro se le pagaría el doble de la cantidad que nos cobraba, a condición de revisar la adaptación al cine que yo haría de su novela.

Uno de los escenarios más costosos que debíamos construir sería la reproducción de la planta baja del Hotel Crillón.

Los escenógrafos, basándose en fotografías, empezaron a construir una réplica de las principales dependencias del establecimiento que le daba el nombre a la novela.

Otro escenario, el que serviría como dormitorio de la propietaria del prostíbulo, y que era la antigua amante del padre de Teresa, me dio mucho trabajo para "vestirlo". Tenía fotografiado en mi memoria el dormitorio de la María Luisa, atiborrado de cachivaches, cuadros y chucherías inverosímiles, y traté de reproducirlo con la mayor fidelidad.

Mientras tanto yo había escrito el guión cinematográfico; pero me fue imposible conseguir que el señor Edwards Bello lo revisara. Como tenía dudas sobre algunas



La hermosa Beverly Bush encarnando a la chica del Crillón en sus buenos tiempos.

escenas demasiado escabrosas y otras muy desagradables, resolví hacerle consultas por escrito, consultas que el autor se dignaba aclarar en breves líneas:

“Querido amigo: Haz lo que quieras desde luego con *La Chica del Crillón*. Se presta a mucho juego escénico. No objetaré nada”, etc.

Llegó el momento de empezar y me fue imposible obtener una entrevista con don Joaquín. Deseaba presentarle a la encantadora Beverly Bush, que había sido seleccionada entre docenas de chiquillas, para encarnar el papel de Teresa Iturbizával, como creo que se llamaba la heroína. Tampoco se interesó el autor en visitar los costosos escenarios que habíamos levantado para presentar con propiedad la versión cinematográfica de su popular novela.

En cambio, el propietario del Hotel Crillón, don Jorge Kuppenheim, tuvo la gentileza de facilitarnos una noche los muebles, la vajilla, los *maitres* y los garzones de su lujoso establecimiento.

Se habían repartido tarjetas a la crema de nuestra sociedad. Y las más hermosas y elegantes chiquillas, acompañadas de parientes y amigos, se prestaron para servir gratuitamente de extras en el seudo Hotel Crillón.

Era tan perfecta la reproducción del ambiente que todos se sentían viviendo la hora del aperitivo en el auténtico Crillón.

El trago corría por cuenta de los productores y los mozos tenían

orden de servir cuanto y todo lo que se les pidiera. Al preguntarle a uno de ellos si encontraba acertada la reproducción del ambiente, me respondió:

—Está igualito, don Jorge. Lo único malo está en que aquí nadie nos da propinas...

Las escenas salieron a la perfección, mas no había forma de convencer al autor de que las revisara, aunque fuera proyectadas.

Cuando dimos término a la película pensé que tendría interés en verla completa. Convinimos día y hora para mostrársela; pero tampoco apareció.

Llegó, por fin, el día de la *première*. Se le mandaron varias entradas, mas tampoco don Joaquín se presentó. Yo comentaba estos hechos con otros periodistas y todos respondían:

—¡Son cosas de Joaquín! ¡Tú sabes que tiene sus rarezas!

—Tan raro es —agregó uno—, que una noche, siendo el invitado de honor a una comida, creo que en casa de misía Enriqueta Vergara de Scroggie, no asistió, pero en cambio le mandó un vestido de regalo a la dueña de casa.



Venida a menos, la chica aparece con su mamá, la recordada actriz Elena Puelma.

Otro aseguró que el señor Edwards Bello se colocaba una máscara para comer. Yo escuchaba estos comentarios con la indiferencia con que se oyen los pelambres.

Pero todo habría sido disculpable si al día siguiente, fecha del estreno en el Teatro Central, no hubiera publicado un artículo encabezado con grandes titulares, en que se leía más o menos lo siguiente:

“Exijo que mi nombre sea retirado de la película *La Chica del Crillón*.” El contenido del artículo demolía la producción que él jamás vio.

Es de imaginar los momentos de angustia que pasamos Spencer y yo.

La inoportuna declaración del autor ponía en peligro el éxito de la película y la deuda contraída había que cancelarla con las recaudaciones de la boletería.

Menos mal que el público y la crítica aplaudieron con entusiasmo la película. Escritores prestigiosos ensalzaron sus méritos y no faltaron críticas a la insólita actitud del señor Edwards Bello.

Al tercer día de su estreno caí enfermo y el gerente de la compañía distribuidora y taita del Teatro Central, mi inolvidable amigo Manuel Troni, me llamó por teléfono para decirme :

—Voy a mandar colocar la extensión del teléfono en la platea, para que escuches, “Corke”, las ovaciones al final de la función.

Efectivamente, el estirado público del Central prorrumpió en una entusiasta ovación.

—Esto ocurre en todas las funciones. Puedes dormir tranquilo, “Corke” —me comunicó Troni.

El único que protestó y sigue protestando¹ es don Joaquín Edwards Bello (lo trato de “don” desde esa época, en que él, cuando se topa conmigo en la calle, se saca nerviosamente el sombrero, como acostumbra a hacerlo con las personas con que no desea alternar).



A pesar de la mala opinión que tiene don Joaquín Edwards Bello de la versión cinematográfica que realizó de su novela, ese año obtuvo el “Oscar” gracias a *La Chica del Crillón*.

¹ Últimamente, con motivo de haber sido nombrado miembro de la Academia de la Lengua, volvió, después de quince años, a arremeter en contra de la película, declarando a un reportero de *Ercilla* que el film *La Chica del Crillón* era el mamarracho más grande que había producido la cinematografía chilena.

Esta clase de rarezas son las que no sé por qué debemos soportarles a nuestros talentos, porque suponiendo que la película hubiera sido un bodrio, no tenía derecho el autor a exponer a una catástrofe a los que con la mejor intención desearon rendirle un homenaje.

Hollywood es Así (1944)

Durante la travesía en un Santa, desde San Pedro de California a Valparaíso, escribí el guión de esta película. En ella se muestra la decepción sufrida en la Meca del celuloide por una muchacha chilena, provinciana, que realiza un viaje a Hollywood, como recompensa por haber ganado un concurso de *slogans* para ponderar los méritos de cierta fábrica de cosméticos.

Si grandes dificultades tuve que afrontar para reconstruir, con modestísimos medios, el ambiente hollywoodense, mayores fueron las que se me atravesaron para encontrar, en las calles de Santiago, personas que se parecieran a los astros, estrellas y directores más famosos de Hollywood.

En una *boîte* santiaguina tuve la suerte de toparme con el doble del famoso Hitchcock. Grande fue mi alegría cuando vi a un gordo que se parecía, no diré como una gota de agua a otra gota de agua, sino, y con más propiedad, como una piscina a otra piscina, al voluminoso rey del suspenso. Me aproximé a él:

—Tiene usted, señor, un extraordinario parecido con Hitchcock...

—¿Hitchcock? Me suena el nombre. ¿No son unos parches para el pecho? —me respondió el buen gordo. ¡Había confundido a Hitchcock con los parches Allcock para el pecho! El sosías del director de *Rebecca* resultó ser un minero nortino que venía a pasar una temporada a Santiago. Al día siguiente estaba en el Estudio Santa Elena, dirigiendo nada menos que a Charles Boyer..., como puede verse en la fotografía.



El doble del famoso Hitchcock dirigiendo una escena en que actúa el doble también de Charles Boyer.

El característico timbre de voz del gran actor francés fue imitado a la perfección por mi hijo Jorge, que conoció mucho a Boyer, y quien celebraba con entusiasmo la imitación perfecta que le hacía.

Necesité sentar en una misma mesa nada menos que a Franklin D. Roosevelt, Winston Churchill, José Stalin y Adolfo Hitler. Los cuatro eran amigos míos;

Lincoln caracterizado por un carpintero del estudio. Años después, *Las Últimas Noticias* publicó esta fotografía, por equivocación, en su edición conmemorativa del día de Lincoln.



pero no se conocían entre sí. Como presumía que al preguntarles si querían desempeñar los papeles que les tenía designados, se iban a negar — todos eran personajes de categoría y nada tenían que ver con el arte cinematográfico—, los invité a almorzar a mi casa y después a visitar el estudio. Ya metidos en el ambiente, logré llevarlos a la sala de maquillaje y prepararlos para la toma. Stalin fue el que más me dio que hacer. Al verse en el espejo con los clásicos bigotes, se los arrancaba indignado:

—¡Acuérdese que soy abogado! —me decía, francamente encolerizado. Pero anduve con más suerte que los Tres Grandes y lo convencí.

Me ponía a la caza de los sosías de astros y estrellas en la calle Ahumada, a la hora de mayor tránsito. Allí había encontrado a Franchot Tone, Charles Boyer y otros. ¿Por qué no iba a toparme también con Tyrone Power? Cuando ya perdía las esperanzas, ¡zas!..., lo veo ante mis ojos. Lo seguí. Él, que había notado la persecución de que lo hacía víctima, aceleró el paso. Después de correr varias cuerdas, abriéndome camino con dificultad entre la densa



Roosevelt era Julio Molinare; Churchill, Lathrop; Stalin, Jorge Cristi, y Hitler, Juan Livingstone, padre del famoso Sapo.



muchedumbre, vi que entraba en una tienda de artículos para hombres. De ahí no se me escaparía.

—Tiene usted un enorme parecido con Tyrone Power! señor... —le dije, abordándolo con el mejor de mis modos.

Los hermanos Marx y Chaplin, todos nacidos en Chile.



Franchot Tone, Catharine Hepburn, Mickey Rooney, María Montez y Adolphe Menjou, encontrados en la calle Ahumada.

—¡Qué te habés imaginado, so...domita, ya verás la bronca que te voy a tirar si continuás esta persecución! —me respondió con marcado acento argentino el Tyrone Power porteño. Esto se los cuento para que vean ustedes los malos ratos a que está expuesto un director cinematográfico que no dispone de capital para contratar actores profesionales.

Muchas anécdotas desfilan por mi mente; percances que ocurrieron durante la filmación de *La Chica del Crillón* y *El Hombre que se Llevaron*; pero por ahora les voy a relatar lo acaecido con una película que nunca realicé:

El crimen de Beckett. ¿Fue fusilado el canciller alemán?

Corría el año 1939; la guerra estaba en su apogeo. Una tarde llegó a mi casa el viejo periodista Vicente Donoso Raventós (El Chino Donoso) cargando un abultado portafolio, y, sin entrar en preámbulos, me espetó la siguiente pregunta:

—¿Sabe usted, compañero, que gracias a mí se descubrió el crimen de Beckett y que debido a ello Chile conserva el Estrecho de Magallanes?

—No, hombre, no sabía —le respondí.

Sacando entonces un montón de recortes de periódicos del portafolio, empezó su relato:

—Era yo reportero policial de *La Unión*, de Valparaíso, y el jefe de crónica me había encomendado descubrir el sensacional hecho ocurrido en la tarde del viernes 5 de febrero de 1909.

“Después del incendio de la Legación alemana, ubicada en la calle Nataniel esquina de Alonso Ovalle, fueron encontrados los restos carbonizados de un ser

humano. Los médicos alemanes señores Westenhoffer y Aichell, llamados por el ministro de Alemania para que hicieran la autopsia, certificaron que eran del canciller alemán don Guillermo Beckert. Incrustados en esos restos calcinados se encontraron sus anillos, sus colleras y su reloj. La culpa recayó sobre el portero de la Legación, el chileno Exequiel Tapia, quien se hizo humo, junto con la cantidad de \$25.000 que el ministro de Alemania von Bodman había depositado el día anterior en la caja de seguridad de la Cancillería. Von Bodman sostenía que el canciller había sido asesinado por el portero Tapia, no sólo impulsado por el móvil del robo, sino más aún: Beckert recibió con anterioridad anónimos en los que se le amenazaba de muerte, y estos anónimos fueron llevados a la prensa por el propio Beckert. También el barón von Bodman declaró que un súbdito alemán, un señor de apellido Neupert, le acababa de entregar una carta firmada por Beckert, de acuerdo con la promesa hecha a éste el año anterior, en caso de que muriera inesperadamente.

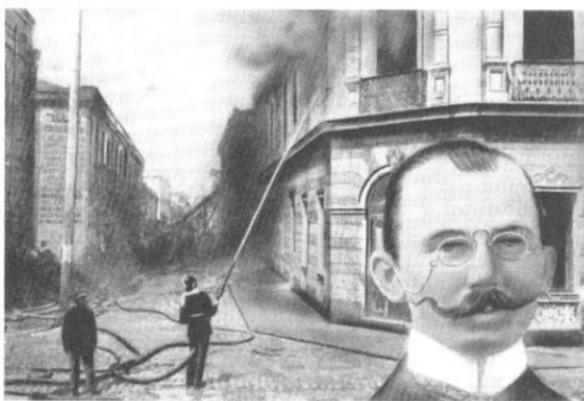
—Estoy amenazado de muerte —le había dicho Beckert a Neupert—, y si mis enemigos llegan a cumplir su siniestro plan, le ruego hacer entrega de estas dos cartas: una para nuestro ministro von Bodman y la otra para el Presidente de Chile, Exmo. señor don Pedro Montt.

”Tome nota del contenido de dichas cartas, amigo Coke“—agregó, muy excitado El Chino Donoso—, ¡y dígame si ambas no encierran amenazas para Chile! ¡Observe que coinciden con las palabras que debía pronunciar, un año después, el ministro de Alemania en los funerales de la víctima prefabricada!”

Después de asentir en sus apreciaciones, lo dejé continuar:

—Efectivamente: en la carta dirigida a von Bodman hay un párrafo que dice textualmente: “Es infinitamente penoso pensar que mi muerte podría ser para mi segunda patria la causa de un serio conflicto.” En la otra, que llegó a manos de don Pedro Montt, también hay un párrafo que corrobora mis sospechas: “La generosidad chilena sabrá resarcirles la falta que les hace el que les proporcionaba el bienestar y el pan.” (Se refería a su mujer, Natalia López, y a un hijo adoptivo). “Así también se evitarán las dificultades que pueden surgir, a causa de mi muerte, entre el gobierno de mi patria y el de Chile...”

“Vea usted —recalcaba Donoso, en su apasionante narración—: todo estaba coordinado en forma diabólica para atemorizar al Gobierno chileno y preparar a la



Incendio en la legación alemana y retrato de Guillermo Beckert.



Funerales del presunto canciller de Alemania. El ministro Von Bodman, marcado con la cruz.

el Portal Edwards con el canciller que se daba por muerto. El juez lo tomó por un loco y le pidió que no complicara más las cosas; ya el cadáver carbonizado había sido reconocido oficialmente como el de Guillermo Beckert, canciller de la legación de Alemania en Santiago.

“Los funerales del supuesto canciller se llevaron a efecto con toda pompa. En representación del Gobierno de Chile asistió el ministro de Relaciones Exteriores, y el cuerpo diplomático se hizo presente en masa.

“Antes de proceder a la inhumación del cadáver, hizo uso de la tribuna el ministro de Alemania, Excmo. señor von Bodman. El discurso del representante de S.M. Guillermo II causó consternación por la dureza y arrogancia de sus términos:

“Alemania recordará con tierna gratitud al que murió en ejercicio de sus deberes, víctima del puñal traidor de un cobarde asesino.

“¿No eran estas palabras, dichas por un diplomático extranjero frente al ministro de Relaciones Exteriores de Chile, la insinuación del despojo que, con premeditación y alevosía, había sido planeado en el palacio del prepotente Guillermo II?”

Vicente Donoso terminó diciéndome que poseía el más sensacional guión cinematográfico, basado en este drama, y que a eso obedecía su visita a mi casa.

—Puedo asegurarle, Coke, que ese crimen fue fraguado por el imperio alemán —insistía—. El Canal de Panamá estaba próximo a abrir sus esclusas que pondrían en contacto los dos océanos, y Alemania deseaba tener, también, su pasaje propio entre los dos grandes mares, cuyas llaves estarían, desde ese momento, en manos del Tío Sam. Pero Alemania no había olvidado que en la cola de la América del Sur existe un pasadizo natural que une también los dos océanos: el Estrecho de Magallanes. ¿Va comprendiendo? —agregaba, a cada momento más excitado, Donoso Raventós.

Yo, interesadísimo, lo dejaba hablar sin interrumpirlo:

—Cuando este sensacional crimen había llegado al máximo de su tensión, se presentó una noche a mi casa el joyero Izacovich. Volvió a insistirme que él no sólo

opinión pública en el golpe final: ¡la apropiación del Estrecho de Magallanes! Me parecía increíble lo que escuchaba y puse más atención:

—Pero la buena estrella de Chile quiso que el joyero Otto Izacovich,—que había conocido a Beckert, por haber sido su vecino, se presentara al día siguiente del incendio ante el juez sumariante, señor Bianchi Tupper, para declararle formalmente que en la madrugada del sábado se había topado en

había visto a Beckert horas después del incendio de la Cancillería, sino que lo había abordado. “Cierto es —aseguraba el joyero— que Beckert se había dejado barba¹; pero su rostro me era demasiado conocido. Cuando lo quise saludar, me respondió que él no era Guillermo Beckert y se escabulló. Yo le había hecho las argollas de compromiso con sus iniciales y las de su esposa, Natalia López. Además, habíamos sido vecinos y el timbre de su voz no podía engañarme —afirmaba enfáticamente el joyero, agregando—: No comprendo por qué se me ha prohibido volver a hablar de este asunto, ahora que el honor de Chile está en tela de juicio. Además, se dice que Alemania pedirá una indemnización territorial...” Yo acababa de leer una novela policial” —me explicó Donoso— en que la identificación de un cadáver había sido posible mediante el examen de la dentadura de la víctima. Esta lectura me sugirió la idea de dirigirme al odontólogo de más prestigio en Chile: al director de la Escuela Dental, doctor Germán Valenzuela Basterrica. Entonces obtuve un permiso para exhumar el cráneo de Beckert, y junto con el doctor Valenzuela procedimos a sacar de su urna los restos de la cabeza carbonizada del que ahí estaba sepultado bajo el nombre de Guillermo Beckert, canciller de Alemania.

“Envolví aquellos restos en un diario y le pedí a don Germán que nos dirigiéramos al consultorio del dentista Denis Lay, quien, según mis averiguaciones, había atendido a Beckert. Tomamos un carro Catedral y dejamos el macabro envoltorio sobre el asiento.

Con tanto interés íbamos discutiendo los pormenores del crimen y sus proyecciones internacionales, nada favorables para nuestra patria, que seguimos viaje sin darnos cuenta de que debíamos bajarnos. Descendimos sobreandando del tranvía; ¡pero habíamos olvidado la cabeza del muerto en el asiento! Es de imaginarse la carrera que emprendimos tras el carro. Al atildado odontólogo se le hacían cortas las piernas para correr. Los faldones de su chaqué, ribeteado de cinta, se volaban y el pequeño “tongo” cayó dos veces a la calzada. Tres cuadras corrimos en persecución del tranvía hasta darle alcance nuevamente. Jadeante me trepé a él y recuperé el paquete que sirvió para salvar el honor de Chile. ¡Imagínese, compañero, mi responsabilidad si hubiera perdido la cabeza de Beckert! ¿No era para perder la cabeza? Tal vez ya nos



Cráneo de Tapia, tal como se conserva en el despacho del director de la Escuela Odontológica.

¹ Se comprobó que eran unas chuletas postizas que había comprado una semana antes en la peluquería Pagani.

habrían quitado el Estrecho de Magallanes y sabe Dios si la historia del mundo hubiera variado...

”Confrontada la dentadura con la tarjeta que archivaba el doctor Denis Lay, pudo comprobarse que los trabajos anotados en ésta nada tenían que ver con aquella. En efecto, el muerto gozó de dientes sanos, sin una picadura, y según el archivo del dentista referido, Beckert tuvo extracciones, coronas de oro y obturaciones en platino. Se comprobó, así, que el cadáver sepultado con tanta pompa no era el del canciller alemán. Desde ese momento el proceso tomó un giro sensacional. Toda la policía de Chile se lanzó en búsqueda del audaz y frío asesino germano. Dos días después fue encontrado, oculto bajo el nombre de Ciro Lara Motte, en Lonquimay, aprestándose para pasar a territorio argentino. Ahí intentó sobornar a sus captores; pero éstos lo condujeron engrillado ante el juez que había ordenado su detención. Y admírese: los doctores alemanes que hicieron la autopsia desaparecieron silenciosamente de Chile.”

Después de una pausa, continuó El Chino Donoso:

—Curioso es recordar que Beckert había sido mocho de San Ignacio cuando yo estudiaba en ese colegio. El mocho Beckert gozaba de la triste fama de crueldad con los muchachos y por la falta más leve nos zurraba con la temida palmeta, hasta sacarnos sangre de las manos.

Yo, que permanecía extasiado escuchando esta nueva versión, callaba.

—Algunos aspectos del fusilamiento son dignos de ser comentados —continuó él—. En aquella época los reporteros gráficos utilizaban grandes cámaras fotográficas de cajón; pero como las autoridades habían prohibido la entrada de ellos en el recinto de la Penitenciaría, yo disimulé la cámara del diario en el interior de mi sombrero, al cual tuve que abrirle un portillo en la copa para dar paso a la lente. Gracias a esta estratagema obtuve fotos que usted verá —agregó, y echándose a nado en el archivo, Donoso me mostró la fotografía de Beckert en el momento de ser conducido al patíbulo.

Aparecía el reo llevado en silla de manos por dos vigilantes de la Penitenciaría, cubierto con una sábana.

—Hombre, pero es en realidad un notable argumento cinematográfico! —exclamé al fin.

Pero Donoso quiso terminar:

—Como usted ve, mi amigo, se habían violado las disposiciones legales que permiten a los asistentes de las ejecuciones capitales reconocer al ajusticiado.

Luego calló, como abatido.

Yo le expresé que el tema era verdaderamente apasionante por la novedad con que se había enfocado el crimen más bullado del último siglo.

—Desgraciadamente —continué—, no cuento con medios económicos para reconstruir su historia; pero una vez terminada *La Chica del Crillón* podemos

encontrarnos de nuevo y discutir las posibilidades de llevar a la pantalla su sensacional versión del crimen de Beckert.

Al despedirme del inteligente cronista, le pregunté si sería posible exhumar la calavera del ajusticiado y verificar, como se hizo anteriormente, si su dentadura corresponde a la que aparece en la tarjeta del dentista Denis Lay.

—Es una gran idea —me respondió Donoso—. ¡Le aseguro que llegaría a probarse que Beckert no fue fusilado el 4 de julio de 1910!

Poco después falleció Vicente Donoso Raventós. Yo solamente anoté estos datos que tomé en la única visita que me hizo.

No cabe duda de que ésta habría sido la película más emocionante de los últimos tiempos; pero estaba decretado que no se filmaría.

